

Personaje secundario

CONSEJO REGULADOR DE LA COMUNICACIÓN DE ORIGEN
RIBERA
DEL DUERO

PREMIO
RIBERA
DEL DUERO
DE NARRATIVA BREVE

VOCES / LITERATURA

COLECCIÓN VOCES / LITERATURA 389

PREMIO
RIBERA
DEL DUERO
DE NARRATIVA BREVE

CONSEJO REGULADOR DE LA DENOMINACIÓN DE ORIGEN
RIBERA
DEL
DUERO

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Sofía Balbuena, *Personaje secundario*

Primera edición: mayo de 2026

ISBN: 978-84-8393-385-5

Depósito legal: M-10437-2026

Thema: FBA; FYB

© Sofía Balbuena, 2026

© De la fotografía de cubierta: Paula Yubero, 2026

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2026

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Sofía Balbuena

Personaje secundario



El día 19 de marzo de 2026, un jurado compuesto por Enrique Pascual, presidente del Consejo Regulador de la Denominación de Origen Ribera del Duero, Juan Gabriel Vásquez, escritor y presidente del jurado, Nuria Barrios, escritora, Paulina Flores, escritora, además de Juan Casamayor, director de la Editorial Páginas de Espuma, y Alfonso Sánchez González, secretario general del Consejo Regulador de la Denominación de Origen Ribera del Duero, en calidad de secretario del jurado, ambos con voz pero sin voto, otorgó el IX Premio Ribera del Duero de Narrativa Breve, por mayoría, a *Personaje secundario*, de Sofía Balbuena.

ÍNDICE

La mejor persona del mundo.	13
Avenida Rivadavia	33
Tsunami.	53
Mejores amigos.	77
Felicidades	95

El honor no lo perdí
es el héroe que hay en mí.

Pappo, «Juntos a la par»

LA MEJOR PERSONA DEL MUNDO

SE PREGUNTA SI el resto de las madres se preguntan las mismas cosas. Si debería haberla tenido, por ejemplo, mientras la mira intentando convencer a los cuatro viejos que están jugando a la petanca sobre la pista del Passeig de Sant Joan, si puede ella lanzar el boliche. Les corretea alrededor llena de energía, levantando las manos y a los gritos, con la rusticidad de los niños que son más grandotes que el resto de los niños. Los señores en sus uniformes de viejos jubilados, distintos tonos de marrón gastado, como ramitas secas a merced del viento, cercados por su hija que no para de moverse y parece capaz de tumbarlos a los cuatro. Cumple seis años en junio y es la más alta de su clase, a ella ya le llega a la cintura. No sabe cómo no se rompió en el parto. No sabe o más bien no quiere acordarse.

El embarazo se le vino encima. No es que no supiera cómo quedan embarazadas las mujeres, pero muchas veces antes no se había cuidado. Estaba segura de que era incapaz de quedar embarazada. Resultó que no y el año que se había ido de intercambio a Barcelona se transformó en otra cosa, mucho más seria. Tuvo ese momento

de duda que duró un par de días o un par de semanas en donde todo era una posibilidad, un camino abierto. Entre que se hizo la prueba y vieron la forma de ir a la sanidad pública y pedir cita, ya estaba en la semana diez. Se hizo a la idea, no podía ser tan grave. Le daban miedo todas las opciones, no quería volverse y se querían. No estaba lista para que eso se terminara cuando parecía que estaban en el mejor momento. Pensó: por ahí es el destino. Pensó: es una forma de quedarse, como cualquier otra, quizás más barata. Se quedó, la tuvieron.

El embarazo fue como aguantar la respiración bajo el agua. Sabía que tenía que reaccionar, pero no sabía cómo. Se distrajo. Pasaba las tardes en la misma plaza en donde ahora la nena juega. Dónde estaría, qué hubiera sido de ella si no hubiera quedado embarazada. Los niños corrían alrededor mientras se abría el abrigo sobre la panza, deseando con ese movimiento que el viento fresco alcanzara también a la criatura. Miraba largo rato las ramas desnudas de los árboles que se estiraban como vasos comunicantes hacia un cielo que no se dejaba nunca perforar. Cuando se acordaba que dentro suyo había otro ser, con uñas y pelo le daban ganas de vomitar, pero se le llenaban los ojos de lágrimas imaginando una nena que se pareciera a él. Quedarse con una parte suya, como si le hubiese cortado un pedazo de dedo para guardarlo en un cajón de su cuarto. Intentaba adivinar qué de cada uno se imprimiría en la nueva persona. En secreto rezaba para que se pareciera más a él que a ella, para que fuera igualita a él. Fue un poco por eso. Un souvenir o un imán para la heladera cuando una se va de viaje, algo que le dijera: esto pasó, yo estuve ahí. Si se volvía, si se separaban, si no la hubiese tenido. Quién le

iba a creer, a quién se lo iba a contar. Dónde iba a ir a parar todo lo que se habían dicho y todo lo que habían hecho en el cuarto que alquilaba en el Born con ese chico tan raro, de gesto turbio que la miraba desde abajo como si ella fuera la mejor persona del mundo.

Tuvieron que buscar un departamento y fue difícil. No tenían mucho dinero, ni nómina, ni conocidos que les hicieran de avales. Lograron terminar el máster en el que se conocieron a duras penas. Él quería doctorarse, pero tuvo que buscar trabajo. Al final ella puso una fianza enorme de sus ahorros y la mamá de él puso el resto. Qué hubiese hecho con esos cinco mil euros, en qué se los hubiera gastado si no los hubiese puesto en una casa que ni siquiera le gustaba del todo. Pero era una de las pocas propiedades que estaba dispuesta a alquilar el piso a estudiantes extranjeros. Se hubiese pagado otro máster capaz, o un viaje a un lugar todavía más lejos. Tailandia, Vietnam, Filipinas. Playas exóticas, fotos memorables. Un montón de imanes para la heladera, un conjunto de experiencias que le dieran cuerpo a otra vida, objetos pequeños que así lo atestiguaran regados por el espacio de una casa. Cuando llegó el momento de parir lloró como si dentro se le hubiera perforado un caño de agua. Nada se le hacía más cruel que tener una hija lejos de su propia madre. Gritó que no quería parir, que la mandaran a cesárea, pero no le hicieron caso. Cerró los ojos y se negó a pujar. Cuando Florencia por fin nació, después de un trabajo de parto de más de doce horas, no sintió ningún alivio.

El primer año se le pasó entre penumbras. Recuerda el momento en el que cruzó la puerta de ese departamento en

el que vivían y se dio cuenta que ahí se tenía que quedar, con él, con la bebé, quién sabe por cuánto tiempo. Después, todo se le vuelve brumoso. Le molestaba la luz del sol al principio y se levantaba poco de la cama. Era verano y hacía calor, pero ella no sentía nada. Antes de irse a trabajar él subía apenas las persianas de la casa y abría las ventanas. Ella las bajaba cuando él cruzaba la puerta. La consistencia de un estado de ánimo pesado, como la habitación oscura y sin ventilación en la que se encerraba con su hija. Se acuerda de estar cansada, de sentir que el cuerpo no le respondía. También de la tranquilidad que le daba tener a la beba cerca, darle la teta, verla reaccionar con alegría a su presencia. De tomar agua para tener leche para ella. Lo buscaba en la cara de Florencia, pero no lo veía. Había algo ahí, de ellos dos, pero no era lo que se había imaginado. Ni siquiera tenía energía para fantasear con otra vida, otros escenarios. Él quería resolver, ella quería descansar. Él se ocupaba de la casa; limpiaba, hacía la comida, lavaba la ropa. Ella se ocupaba de la nena y nada más, ni siquiera de ella misma. Era él el que le insistía para que se bañara, diera una vuelta, comiera un poco. Al final fue el parque, empezó a salir al parque algunas tardes con la beba. Le quedaban algunos pañales, pero tampoco muchos. Salir sola con la nena era un incordio. Siempre se le olvidaba algo imprescindible. Florencia ya tenía cinco meses y sostenía la cabeza así que podría bajar sin el cochecito, solo con el fular y se dijo, mas sí. Se fue a la farmacia que quedaba a la vuelta y con la bolsa de pañales en la mano y la nena colgando del pecho, caminó hasta la plaza a ver los árboles ya sin hojas de noviembre. La madera agrietada de los árboles en el otoño, la prestancia de un gris múltiple, como un estado de ánimo pasivo y hermoso. Todavía daba el sol sobre el